



OFICINA DIOCESANA DE INFORMACIÓN

Arzobispado de Mérida-Badajoz
C/ Obispo San Juan de Ribera, 2
06002 BADAJOZ
Tfno.: 924 222 847

25 de noviembre de 2023. S.I. Catedral

Homilía Mons. Celso Morga Iruzubieta en la Toma de Posesión de Mons. José Rodríguez Carballo

¡Queridos hermanos y hermanas! Saludo con afecto al Nuncio de su Santidad en España, a don José, a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos, que hoy concelebran con nosotros, sacerdotes de nuestra Arquidiócesis y de otras Diócesis, seminaristas, religiosos sobre todo franciscanos, religiosas, fieles laicos de nuestra Arquidiócesis y a los numerosos fieles venidos de fuera, sobre todo de Orense, tierra natal de don José.

Saludo a las Autoridades civiles, Presidenta de la Junta de Extremadura, Presidentas de la Asamblea y del Tribunal Superior de Justicia, antiguos presidentes de la Junta, Alcaldes de Badajoz y de Mérida, restantes autoridades civiles, militares, académicas..

«*Yo soy el Buen pastor. El Buen Pastor da la vida por las ovejas*», nos ha dicho hoy el mismo Jesús.

Querido José, en esta vigilia de la Solemnidad de Cristo Rey y Buen Pastor, quiero decirte, antes que nada, que te recibimos con todo nuestro afecto y cariño. Hablo en nombre del presbiterio diocesano y de toda esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz. Estoy seguro que todos queremos prestarte la mejor ayuda para un trabajo pastoral, entre nosotros, alegre y fructífero. El Señor, a través del Santo Padre, nos concede la gracia de tu ministerio episcopal, a imagen del Buen Pastor, y de caminar juntos para que puedas ayudarme y yo ayudarte a conocer y amar esta querida Arquidiócesis, antiquísima, en su sede emeritense, y a la vez viva, rica de vida cristiana, que irás conociendo y amando, en esta Extremadura abierta y acogedora.

En la carta que el Papa Francisco me ha dirigido para esta ocasión nos dice que nos acompaña con su oración y nos anima a dar testimonio de la fraternidad y la alegría del Evangelio a cuantos nos rodean.

Cuando el Señor quiera y el Santo Padre disponga se realizará, una vez más, en la Arquidiócesis de Mérida –Badajoz, “el milagro” – sí, “el milagro” - de la sucesión apostólica, que es un signo preminente de la credibilidad, de la estabilidad y permanencia de la Iglesia Católica. A través de esta sucesión, la Iglesia sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los mismos apóstoles: *«porque no abandonas nunca, Señor, a tu rebaño, sino que por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas y quieres que tenga por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo, dio la misión de anunciar el Evangelio»* (MR, prefacio de los apóstoles).

Jesús nos asocia a su misión recibida del Padre. Como *«el Hijo no puede hacer nada por su cuenta»* (Jn 5,19.30), sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, así, nosotros, a quienes Jesús sigue enviando hoy, no podemos hacer nada sin Él (cf. Jn 15,5).

De Él recibimos no sólo el encargo y la misión apostólica, sino también la misma posibilidad de cumplirla! ¡Nada podemos hacer sin Él! *“Bonus Pastor”, “Unus Pastor”*. ¡Sólo hay un Pastor! Nosotros somos sólo - y nada menos! - que *“ministros”* suyos, ministros de la Nueva Alianza (cf 2Co 3,6); nosotros somos sólo - y nada menos! - que *“embajadores”* suyos (2Co 5,20); somos sólo - y nada menos! - que *“servidores y administradores”* de los misterios de Dios (1Co 4,1).

¡La sucesión apostólica! Impresiona pensar que, ya desde el siglo segundo o tercero, había obispos en Mérida y, desde el siglo XIII, se constituye la sede de Badajoz, después de la reconquista de esta ciudad por Alfonso IX de León. Su primer obispo fue un franciscano fray Pedro Pérez.

Siempre me impresionó que una Institución como la Iglesia católica, aun siendo tan exigente en el plano moral y doctrinal, se mantenga viva a través de los siglos. Aquí estamos muy contentos por haber recuperado, de alguna forma, la antiquísima sede de Mérida con la creación de la Arquidiócesis de Mérida-Badajoz. Nos preceden obispos santos y mártires como los santos Paolo, Fidel, Massona y Renovato; posteriormente, en Badajoz, San Juan de Ribera, cuyas memorias cada año celebramos en nuestro Santoral diocesano.

Como sucesores de los apóstoles - junto con nuestro presbiterio, en comunión con todo el colegio episcopal, juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia (AG 5) - nuestra misión es hacer que la Iglesia sea Una y Santa. La sucesión apostólica está al servicio de la unidad, de la santidad y de la catolicidad de la Iglesia.

El Obispo, junto con su presbiterio, tiene, como función primordial, conservar la unidad y la concordia fraterna de la familia de Dios, a través sobre todo de la celebración de la Eucaristía, sacramento de unidad (cf UR 2; LG 14; CIC, can 205).

Nos pide el Señor esa atención constante del vigía para que haya verdadera concordia y amor entre todos los miembros del Pueblo de Dios: que la riqueza de la diversidad, en modos y formas de vida espiritual y de apostolado, no se opongan a la unidad de la Iglesia, ni a nivel de Iglesia universal, ni a nivel de Iglesias particulares. Es el servicio

que espera de nosotros el santo Pueblo de Dios, al que con frecuencia se refiere el Papa Francisco, y que, en nuestra Archidiócesis, se distingue por su nobleza, sencillez, piedad y acogida sin exclusiones. Notarás enseguida esas características propias de los extremeños que se reflejan también como propias del este Pueblo de Dios, que camina en Extremadura.

En nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz, intentamos vivir esa unidad como un tesoro precioso de Cristo y del Espíritu, por encima de todas nuestras diferencias; también con los cristianos de otras confesiones y con todos los hombres. Solamente desde una verdadera y profunda unidad eclesial podremos trabajar sinodalmente en bien del Evangelio. No obstante, el pecado, que nos acecha siempre, amenaza sin cesar el don de la unidad. Exhortemos siempre, como obispos y presbíteros, a *«guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz»* en la Iglesia y también en la sociedad (Ef 4,3).

El Obispo, como sucesor de los Apóstoles, junto con su presbiterio, está, por otra parte, al servicio de la santidad de la Iglesia. Recordemos sólo este texto luminoso de la Constitución conciliar *“Lumen Gentium”*: *«Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación»* (LG 8).

Querido José, vas a encontrar aquí muchos santos de la *“puerta de al lado”*. Encontrarás un presbiterio sencillo, sin sutiles clericalismos, cariñoso y noble, trabajador y sincero, alegre y culto, con fallos también lógicamente y con posibilidad de mejorar. Lo he vivido y experimentado. Me siento muy contento de pertenecer, ya de por vida, a este presbiterio de Mérida-Badajoz.

He vivido y experimentado también, tantas veces!, esa santidad en las comunidades religiosas de vida contemplativa y de vida activa y en la vida ordinaria de muchísimos fieles normales, que saben gastar su vida sirviendo a Dios y a la Iglesia, sin hacer ruido, en sus propias familias, en la educación de sus hijos, en su trabajo ordinario, en los hospitales y casas para ancianos, en los colegios, en las parroquias, en las Hermandades y cofradías, en los movimientos y asociaciones apostólicas, también en la administración pública y en la vida militar....No obstante, todos los miembros de nuestra Iglesia nos reconocemos pecadores (cf. 1Jn 1,8-10). En todos, la buena semilla del Evangelio sembrada en nosotros se entremezcla todavía con la cizaña (cf. Mt 13,24-30).

Por ello, miramos a nuestros santos y santas, a nuestros patronos, a San Juan Bautista en esta catedral a él dedicada, miramos a Santa Eulalia, patrona de nuestros jóvenes, a San Pedro de Alcántara, a San Juan Macías, a San Juan de Ribera, ya que la santidad de los hijos e hijas de la Iglesia es el secreto manantial de su labor apostólica.

Queridos hermanos y hermanas, dirijamos nuestros ojos a Santa María de Guadalupe (LG 65). ¡Ella es nuestra Madre y modelo! En Ella, la Iglesia es ya enteramente santa. Amén.